

## PERSPECTIVAS DE LA HISTORIA ECONOMICA\*

Josep Fontana\*\*

Quisiera hablarles de la historia económica en este tiempo de desconcierto intelectual en que vivimos y de sus posibilidades de futuro. Lo cual podría presentarse como la respuesta a una pregunta: ¿Qué puede hacer hoy el historiador de la economía, situado entre sus colegas los historiadores generalistas, si se me admite el adjetivo, que parecen haber perdido el norte, y aquellos economistas que comienzan también a hacerse preguntas acerca del sentido de su trabajo?

El desconcierto de los historiadores me parece algo tan evidente, que no merece la pena que dedique mucho tiempo a convencerles de su existencia. Abandonaron primero el cultivo de la historia económica y social para ocuparse fundamentalmente de la de la cultura y han acabado pasando del estudio de la cultura como producto de una sociedad al de “la ‘construcción’ cultural de la realidad”<sup>1</sup>. Incapaces de salir de la cárcel de las palabras, se interesan más en el estudio de los discursos sobre los hechos que en el de los hechos mismos. Una ojeada a los numerosos textos más o menos teóricos del postmodernismo basta para advertir que no se encuentra en ellos ni una sola referencia a la historia económica, sino que, según se ha dicho, “los análisis que implican causas económicas y sociales están siendo reemplazados por la crítica de los textos y el análisis cultural”<sup>2</sup>. En la historia postmoderna no hay hombres ni mujeres que trabajen, coman o pasen hambre, nazcan o mueran... Se han convertido en espectros verbales y con ellos ha dejado de tener sentido la propia historia: en un libro publicado hace poco se nos dice, tajantemente, que “nadie confía ya en el conocimiento histórico ante cuestiones prácticas”<sup>3</sup>.

He dicho también que hay economistas que expresan dudas acerca del camino que está siguiendo su propia disciplina, que parece estar alejándose de los grandes problemas de la realidad, que son cada día más complejos y evolucionan a un ritmo cada vez más rápido, mientras los baluartes de la ortodoxia académica se dedican, y cito la frase de un economista, “a buscar

---

\* Conferencia inaugural de las *XVI Jornadas de Historia Económica* organizada por la Asociación Argentina de Historia Económica y la Universidad de Quilmes. Realizada en Quilmes, Argentina, 17 de Setiembre de 1998.

\*\* Universidad Pompeu Fabra. Barcelona. España.

las vacuidades de un puro rigor abstracto”<sup>4</sup>. En 1988 un grupo de economistas italianos de escuelas y tendencias diversas publicaba un llamamiento angustioso, denunciando la reducción del trabajo de los economistas a la elaboración de instrumentos analíticos cada vez más refinados, olvidando que el objetivo principal de la economía debía ser “la comprensión de los *problemas de la sociedad* en su concreción e integridad, en *su perspectiva histórica* y en su *cuadro institucional*”<sup>5</sup>.

De hecho la tendencia a establecer una ciencia económica deductiva y matemática fue en su origen un intento de aproximarla a la realidad. En los Estados Unidos, la amarga experiencia del crash de 1929, que había puesto en evidencia la precariedad de los métodos de previsión, dio lugar a la formación de la Comisión Cowles, que se convirtió, después de la segunda guerra mundial, en un centro impulsor de estas nuevas tendencias y del establecimiento de estrechas relaciones entre los economistas y los centros directores de la política y los negocios. El sólido prestigio ganado en los años cincuenta hizo a la economía inmune a las crisis que la mayor parte de las ciencias sociales sufrieron a partir de los sesentas<sup>6</sup>. Revisando los grandes cambios que en las ciencias sociales y humanas se han producido de 1970 a 1995, David Hollinger observa que los economistas se han mantenido a salvo de ellos, “conservando la versión canónica de la disciplina”, aunque sea a costa de “evitar las complejidades del mundo real con la misma determinación con que un metodista evita una taberna”<sup>7</sup>. Y si bien se ha conseguido obtener resultados brillantes, sobre todo en el campo de la microeconomía, donde se puede proceder con un número de variables manejable, conviene recordar que el ámbito de los problemas del mundo real que pueden analizarse eficazmente de este modo es limitado. Porque, como les recuerda Robert Solow a quienes pretenden trabajar como si lo hicieran con una ciencia exacta, no hay unas leyes de la economía válidas para cualquier tiempo y lugar, y “la parte de la economía que es independiente de la historia y del contexto social no sólo es reducida, sino carente de interés”<sup>8</sup>.

El uso de un instrumental analítico de carácter matemático es fundamental, pero con frecuencia el lenguaje matemático ha sido utilizado para escapar de la confrontación con el de la vida cotidiana, que hubiera puesto de relieve la vacuidad de lo que, disfrazado adecuadamente, se puede hacer pasar como ciencia. Paul Krugman ha denunciado recientemente que mucho de lo que los economistas actuales hacen es “usar matemáticas ornamentales para decir cosas que podían haberse expresado igualmente en lenguaje llano o, en ocasiones, para decir cosas que hubieran aparecido obviamente como tonterías, si su significado no estuviese oscurecido por las matemáticas”<sup>9</sup>.

Pero no es de los problemas de la teoría económica, ni de los intentos de resolverlos a través de la teoría de juegos, del análisis institucional, de los modelos de trayectorias dependientes o de la aplicación a la economía de los estudios sobre complejidad y caos determinista de lo que me corresponde hablar, ni tengo competencia para hacerlo. Lo que me importa, y es lo único de que me voy a ocupar, son las consecuencias que todo esto ha tenido en el campo de la historia económica.

Porque ocurre que una parte de nuestros colegas, ansiosos de escapar a los vaivenes que experimentaban las ciencias sociales, cayeron hace unos años en la tentación de tomarse en serio la pretensión de convertir su disciplina en “una forma de teoría neoclásica aplicada”, para decirlo con las infelices palabras de Peter Temin<sup>10</sup>. Adoptaron el cuerpo teórico de la economía neoclásica como base esencial de su trabajo y generalizaron el uso de métodos de análisis econométrico, con lo que consiguieron permanecer en los departamentos de Economía, de donde ya habían sido expulsados los cultivadores de la historia del pensamiento económico. El resultado sería, como ha dicho Christina D. Romer, lograr que el campo de la historia económica fuese aceptado como “una parte integral de la disciplina”<sup>11</sup>. A cambio, sin embargo, de renunciar a su identidad, y de que sus cultivadores se convirtiesen en meros ilustradores de una teoría que otros elaboraban, lo que ha acabado reduciéndolos a miembros marginales de unos departamentos en que seguirán viviendo hasta el día en que un ajuste de personal ponga en evidencia el hecho de que sus colegas economistas los consideran prescindibles<sup>12</sup>.

La escasa entidad de su aportación al campo de la teoría económica se evidencia, por ejemplo, en lo poco que han ayudado a resolver el reto de integrar en el análisis económico la consideración de lo político, algo que resulta demasiado complejo como para reducirlo a los costes de transacción y los derechos de propiedad, que es a lo que suele limitarse una historia económica institucional neoclásica, sino que requeriría tomar en cuenta, como ha escrito Robert Solow, que “toda actividad económica está inmersa en una red de instituciones sociales, costumbres, creencias y actitudes”; que de ahí se derivan diferencias entre situaciones diversas en un momento dado -puesto que los hombres viven en sociedades distintas y actúan en cada una de ellas de acuerdo con escalas de valores, hábitos y códigos que resultan tan reales para ellos como las condiciones físicas- y que la influencia que estos factores ejercen sobre los resultados puede ser decisiva a largo plazo<sup>13</sup>.

Los propios economistas han denunciado esta insuficiencia de la aportación de los cliómetras. Si Snooks les ha reprochado que hayan “cedido a

la tentación de contarles a los economistas aquello que querían oír -una historia acerca de la simplicidad causal del proceso de cambio- en lugar de contarles la que los economistas necesitaban escuchar, que es la que habla de la complejidad y sutileza del mundo real”<sup>14</sup>, Robert Solow, que había escrito en 1986 que los historiadores de la economía no le estaban ofreciendo al teórico otra cosa que el mismo mejunje rutinario que éste ya producía -“¿por qué voy a creerme cuando se aplica a unos datos insuficientes del siglo XVIII -decía- algo que no me mueve a convicción cuando se elabora con los datos más amplios del siglo XX?”-, repite en 1997 sus quejas por su falta de creatividad con estas palabras: “tengo la decepcionante impresión de que se inclinan demasiado a aceptar los modelos diseñados por los economistas de fines del siglo veinte para aplicarlos sin ninguna crítica a los datos de otros lugares y otros tiempos”<sup>15</sup>.

Nuestros colegas cliómetras han vivido unas décadas felices, convencidos de que el futuro era suyo (de que, como decía Christina Romer “la guerra se ha acabado y la han ganado los buenos”). Es verdad que eran ignorados por los historiadores, pero ellos les respondían con su desprecio. También lo es, y esto resultaba más grave, que los ignoraba el público general, que suele encontrar ilegibles sus libros, pero se consolaban diciendo que ello era consecuencia de que sus trabajos eran “muy técnicos, de difícil acceso para muchos lectores” (pero no debe ser sólo por esto, porque Solow ya había dicho, refiriéndose a estos mismos trabajos: “Aparte de otras consideraciones, no resulta divertido leerlos”)<sup>16</sup>.

La situación actual de esta versión ortodoxa de la historia económica no es precisamente optimista. Christopher Lloyd nos dice que está desapareciendo institucionalmente en una serie de países y denuncia que el panorama intelectual que ofrecen las reuniones de la disciplina es desalentador, ilustrándolo con lo sucedido en el coloquio celebrado en 1997 por la Economic History Association norteamericana, donde se presentaron comunicaciones en que no se planteaba ningún problema de método, sino que respondían uniformemente al modelo de “razonamiento hipotético-deductivo, empleando teoría neoclásica ortodoxa /.../ para llegar a conclusiones sobre la validez estadística de conjuntos de datos”, y donde se escucharon exhortaciones a empezar a tomarse la cultura más en serio y discusiones acerca del modo de atraer a más historiadores a sus reuniones, todo lo cual mostraba, nos dice, “una falta de confianza en su estricta ortodoxia”<sup>17</sup>.

Lo que sucede es que al cabo de más de veinticinco años de “new economic history” -que empieza ya, por tanto, a no ser tan “nueva”- las promesas iniciales de los estudios de Conrad y Meyer o de Fogel no se han cumpli-

do. Muchos de los trabajos posteriores no han sido más que elaboraciones cuantitativas sobre viejos datos, “una historia de despacho”, como ha escrito Emiliano Fernández de Pinedo<sup>18</sup>, que no parte, como sería necesario, del hecho bruto que surge del archivo, donde, como decía Thompson, “se encuentra la evidencia enigmática y ambivalente”, porque éste se presta mal a manejos elementales, sino que utiliza datos cuantitativos de segunda mano, sin plantearse demasiados problemas acerca de su significado real: el precio del trigo en una ciudad dada en un año determinado, por ejemplo, se convierte en un “hecho” que puede incorporarse a un modelo, ignorando que no hay trigo, sino trigos, que el precio de un año suma los datos de dos cosechas distintas o que el que obtiene el campesino endeudado es muy distinto al que conseguirá el traficante, para citar tan sólo unas pocas de las muchas peculiaridades que pueden acabar redondeándose en la cifra media de un precio<sup>19</sup>. Lo cual me recuerda aquellos versos de la ‘Oda a los números’ de Neruda: “Fuimos/ empapelando el mundo/ con números y nombres,/ pero/ las cosas existían,/ se fugaban/ del número,/ enloquecían en sus cantidades,/ se evaporaban/ dejando/ su olor o su recuerdo/ y quedaban los números vacíos”.

Si al manejo de datos insuficientemente entendidos le añadimos el riesgo de operar con ellos a medio y largo plazo, sin tomar en cuenta los cambios que se producen en las condiciones sociales -olvidando que “la validez de un modelo económico puede depender del contexto social”- nos encontraremos en la situación descrita por Solow cuando nos dice que “un poco de habilidad y de persistencia puede llevarle a uno al resultado que desee. Pienso que esto explica porque tan pocos econométricos se han visto forzados por los hechos a abandonar una creencia firmemente mantenida. Se sabe de algunos favoritos de la fortuna que han conseguido escribir montones de artículos empíricos sin que ni una sola vez se hayan sentido obligados a citar un resultado que contradijese sus prejuicios previos”<sup>20</sup>. Esto se escribió acerca de los econométricos. Pero traten ustedes de discutir con un cliómetra convencido de la bondad de su modelo y verán lo que sucede: ninguna evidencia va a apartarle de su seguridad de poseer una verdad trascendente.

Presos en el terreno de la abstracción, el refinamiento de los instrumentos econométricos les lleva, paradójicamente, a una simplificación cada vez mayor, lo cual no sólo perpetúa su exilio de la vida real, sino que les impide seguir a los economistas cuando éstos se apartan de la vieja teoría elemental para explorar nuevos caminos. Un excelente manual de cliometría llega hasta considerar los modelos de trayectorias dependientes (path-dependent) que toman en cuenta “los pequeños eventos históricos que pue-

den provocar fenómenos de coherencia capaces de determinar unívocamente el resultado final del proceso”, pero se ve forzado a añadir que “todavía se encuentran en fase experimental en el plano teórico, y las aportaciones empíricas son muy escasas”<sup>21</sup>. Es el miedo a abandonar la seguridad de las relaciones lineales para enfrentarse a lo accidental y lo contingente<sup>22</sup>.

Lo peor del caso es que, ante la pobreza de los resultados que ofrecen los cliómetras, quienes se interesan por encontrar en la historia algo que les sirva para entender el mundo en que viven, pueden ir a caer en manos de prestidigitadores que les venden recetas insustanciales, como parece haber sucedido con el deleznable libro de David Hackett Fischer sobre las “revoluciones de precios”, que les ofrecía a los hombres de negocios, hace apenas dos años, la tranquilizadora seguridad de que los ciclos y las crisis se habrían acabado, lo cual ha sido rápida y contundentemente desmentido por la realidad<sup>23</sup>.

Lo de Fischer puede verse como un episodio intrascendente, pero revela una falta de defensas intelectuales que podría tener consecuencias más graves en un futuro inmediato, ante los problemas que puede plantearnos hacer frente al reto de integrar en nuestro análisis elementos de la teoría de la complejidad y de la autorganización (o, si ustedes lo prefieren, del caos determinista). Algo que los economistas parecen estar haciendo, por su parte, con prudencia<sup>24</sup>, pero sin poder evitar tampoco por completo las especulaciones de los prestidigitadores. Por ejemplo, un libro reciente de una consultora norteamericana de empresas e instituciones critica los planeamientos hechos en términos de “análisis cuantitativos y modelos de previsión deterministas” y propone formas de pensamiento estratégico basadas en “un proceso intuitivo, no lineal”, en nombre de “la nueva ciencia de la complejidad” (y el libro se ha publicado con elogios de un miembro de la Harvard Business School y de Edward Lorenz, el meteorólogo al que todos conocemos, si más no, por las especulaciones sobre los posibles efectos del aletear de una mariposa)<sup>25</sup>.

Si esto sucede en un terreno que debería ser tan sensato como el de la administración de empresas, piensen en los estragos que puede hacer en nuestro campo una escuela de novísimos historiadores económicos de la complejidad, que podría aparecer cuando los miembros más listos de las nuevas generaciones descubran que la cliometría ya no vende, que se puede pasar una media vida manejando números para acabar alumbrando trivialidades que, encima, no interesan más que a los otros miembros de la tribu, y que lo bueno es lanzarse por caminos que le aproximen a uno a la ciencia actual más innovadora.

Nada resulta más fácil y agradecido que extrapolar argumentos tomados de la física o de las ciencias naturales para aplicarlos a las ciencias sociales. Un premio Nobel de química como Ilya Prigogine ha escrito que “tanto en dinámica clásica como en física, las leyes fundamentales expresan hoy posibilidades y ya no certezas. Tenemos no sólo leyes, sino acontecimientos que no son deducibles de las leyes”<sup>26</sup>; algunos científicos naturales han recuperado los valores de la historicidad y afirman que “la naturaleza está constituida por acontecimientos y por las relaciones entre ellos tanto como por sustancias o partículas separadas”, lo que les lleva a concluir que “la historicidad es una característica importante de la ciencia”<sup>27</sup>, y un biólogo molecular nos asegura que su disciplina está abandonando “la fútil búsqueda de leyes” y convirtiéndose cada vez más en histórica. Literalmente, dice: “Muchos biólogos moleculares están convirtiéndose en historiadores a su pesar”<sup>28</sup>. A lo que podemos añadir las afirmaciones de un paleontólogo como Stephen Jay Gould de que “los seres humanos son contadores de historias por naturaleza” y que “organizamos el mundo como un conjunto de relatos”<sup>29</sup>. No ha de extrañar que todo esto haya servido para que algunos historiadores de la economía apunten la conveniencia de que las ciencias sociales abandonen también las falacias de la teleología y el progreso y tomen modelo de visiones como la de la “teoría del equilibrio puntuado de Gould”<sup>30</sup>.

Hay muchas cosas que resultan interesantes para nosotros en este giro “historicista” de la ciencia. Pero hacer saltos mortales de la física o de la biología a las ciencias sociales puede tener consecuencias nefastas, como ha puesto de relieve el escándalo montado alrededor del “engaño Sokal” y la denuncia del seudocientifismo verbal de algunos filósofos<sup>31</sup>.

Y el temor se acentúa cuando se ve el mismo problema desde el otro lado, esto es, cuando se examinan los intentos de los científicos por extender sus especulaciones al campo del estudio de la sociedad. Porque, si bien parece evidente que algunos planteamientos hechos desde la teoría de la complejidad sugieren líneas de reflexión que pueden ser interesantes para repensar algunos problemas de la economía<sup>32</sup>, uno siente un auténtico escalofrío de terror cuando lee algo como esto que les traduzco literalmente de un libro escrito por dos científicos respetables: “Podemos trazar analogías entre los puntos de crisis asociados con la autorganización y el caos que ocurren en procesos inanimados, como la reacción Belousov-Zhabotinsky, y ciertos fenómenos que se producen en sociedades humanas, tales como las revoluciones y el desorden civil”<sup>33</sup>. Para aclararlo les diré que esa reacción BZ, como dicen los entendidos, es la que se produce cuando una mezcla de productos químicos empieza a oscilar regularmente, cambiando de

color y de pauta, lo que muestra que ha surgido espontáneamente un orden en el seno de una mezcla caótica. Stuart Kauffman nos dice que el estudio de estas reacciones puede explicar cómo se produce la muerte súbita en una arritmia cardíaca, la distribución de las rayas de las cebras “y otros aspectos de morfología en organismos simples y complejos”<sup>34</sup>. Todo esto es fascinante, pero el salto que va desde mostrar cómo se forman las pautas de las rayas de las cebras a explicar como se producen las revoluciones me parece demasiado grande.

Pienso que nos conviene mantenernos al corriente de los avances de la ciencia. Una aplicación sensata de conceptos de la teoría de la complejidad a campos concretos de la historia económica, como se ha hecho en el estudio de las ondas largas<sup>35</sup>, puede aportar resultados interesantes, y me parece igualmente razonable que corriamos los excesos teleológicos de la historia tradicional con un mejor conocimiento de las nuevas visiones de la evolución biológica, a fin de evitar la ilusión de fatalidad que crea la “retrospección”. Por lo que se refiere a la propuesta hecha por una comisión de la Fundación Gulbenkian de que las ciencias sociales converjan con las naturales para “tratar a los humanos y a la naturaleza en su complejidad y en sus interrelaciones”<sup>36</sup>, pienso que hay ya bastantes historiadores de la economía que lo hacen: que toman en cuenta las interrelaciones de las sociedades humanas con el medio. Pero cuando vemos que se mete en un mismo saco, calificándolos de sistemas históricos complejos, “el sistema solar, la tectónica terrestre, el macrosistema de la biosfera, la economía mundial y el sistema geopolítico mundial”<sup>37</sup> -y lo que les estoy leyendo es una cita literal- o que, como les acabo de contar, se nos propone explicar las revoluciones a partir de las reacciones BZ, conviene que practiquemos lo que Mario Bunge llama “la intolerancia frente al charlatanismo académico” para defendernos de los embaucadores que pululan por nuestro mundo<sup>38</sup>.

Situados en medio de los historiadores y de los economistas, me parece que los historiadores de la economía tenemos la posibilidad de tomar todo lo que hay de aprovechable en los nuevos métodos y las nuevas formulaciones de cada uno de estos campos -sin despreciar de entrada ninguno, porque incluso detrás de propuestas disparatadas suele haber un problema real que las suscitó y del que nos conviene tomar conciencia- y evitar al propio tiempo los errores de unos y las limitaciones de otros, lo cual resultará tanto más factible si podemos mantenernos fuera de los campos de concentración en que los jefes de fila de las grandes disciplinas académicas tienen recluidos a sus súbditos, retenidos tras las alambradas de la ortodoxia por la fuerza que les da el control del acceso a las plazas de enseñan-



za, a los proyectos de investigación y a la publicación en las revistas que cuentan para hacer currículum.

A los historiadores les hemos de enseñar a volver a entrar en contacto con la realidad. Thomas Rawski ha escrito: “Los historiadores que desdennan la economía pueden perder de vista factores que afectan a todas las situaciones históricas. Santos y pecadores, élites y masas, ricos y pobres, todos necesitan comida, vestido y cobijo”<sup>39</sup>. No es sólo esto, sino que los factores económicos determinan cuestiones tan importantes para los seres humanos como la duración y la calidad de su vida, en términos que difícilmente pueden reducirse a verbalismo. Según las cifras publicadas por el Banco Mundial<sup>40</sup> hay países donde los hombres y las mujeres tienen una esperanza de vida al nacer de tan sólo 38 años, como en Guinea-Bissau, mientras en otros llega a 80; hay países con tasas de analfabetismo en los adultos del 86%, como Níger, y otros, como Zambia, donde más del 80% de la población está por debajo del límite de la pobreza (esto es, gana menos de un dólar al día en términos de equivalente adquisitivo).

De nuestros colegas economistas tenemos mucho que aprender. O, mejor dicho, que seguir aprendiendo. Me gustaría que quedase claro que en modo alguno menosprecio la importancia que tiene enfrentarse a la economía con un razonamiento teórico correcto, evitando caer en aquella actitud que Krugman reprocha a aquellos historiadores económicos que “antes consumirían un año en reunir datos que un día en estudiar una teoría, aunque sólo sea para aprender lo suficiente como para rechazarla”<sup>41</sup>. Podemos, sin embargo, compensarles ofreciéndoles en justo intercambio algo que les ayude a alcanzar, como pedían los economistas italianos que antes he mencionado, una ciencia económica que pueda abordar, para decirlo con sus mismas palabras, “la comprensión de los problemas de la sociedad en su concreción e integridad, en su perspectiva histórica y en su cuadro institucional”. Una necesidad que tal vez resulte más evidente en momentos como éstos en que han fallado estrepitosamente algunas de sus previsiones (costaría muy poco reunir una antología de visiones optimistas sobre el futuro de Indonesia, por poner un ejemplo).

Porque en este mundo feliz donde el año próximo vamos a celebrar el cincuenta aniversario de la invención del desarrollismo, a la vez que el décimo de la proclamación por Francis Fukuyama de que se había llegado al fin de la historia, y el segundo de que, una vez más, se anunciase el fin definitivo del ciclo económico, ocurre que no ha habido el desarrollo que se anunciaba hace cincuenta años, que la historia que debió haberse acabado hace diez sigue removida en el Congo, en Kosovo, en Afganistán y en

muchas otras partes del mundo, y que el ciclo económico, por desgracia, sigue causando estragos.

Podemos estar de acuerdo con nuestros colegas los historiadores post-modernos en que hay que abandonar la falacia de la marcha progresiva de la historia humana en la que fuimos educados, pero el hecho de haber descubierto que no hay un mecanismo espontáneo e invencible de progreso, no sólo no justifica la huida del mundo real al del discurso, sino que nos obliga a implicarnos personalmente en la lucha por conseguir unos avances que ya no podemos esperar que nos traigan por si solas "las leyes de la historia".

Debe preocuparnos, por ejemplo, -y éste me parece ser uno de los mayores problemas de nuestro tiempo- el hecho de que en las últimas décadas se esté produciendo en una serie de países, no ya el progreso esperado, sino un retroceso. De acuerdo con las cifras del Banco Mundial, en 47 de los 133 países para los que se nos ofrecen datos el PNB per capita ha descendido entre 1985 y 1995. Entre estos países figuran en lugar muy destacado, como era de esperar, algunos del Africa subsahariana, como Ruanda, Angola o Camerún, pero también Nicaragua, Perú y Brasil. Esto afecta en conjunto a unos 800 millones de hombres y mujeres -a uno de cada siete de los habitantes del planeta-, pero es que estas cifras van a agravarse en los próximos años con los efectos de la crisis asiática (y esperemos que a ésta no haya que añadirle una nueva crisis latinoamericana). De momento ya sabemos que a los 800 habrá que sumarles, para empezar, los 200 millones de habitantes de Indonesia, la mitad de los cuales, esto es unos cien millones de seres humanos, se calcula -calculan los funcionarios del propio gobierno indonesio- que se encontrarán a fines de este año 1998 por debajo de los niveles de pobreza<sup>42</sup>.

No se trata de especular con las causas de la pobreza en el mundo, ni de hacer llamamientos para la movilización de ayuda humanitaria, dos actividades igualmente meritorias pero que no corresponden a nuestra esfera profesional. Lo que me parece es que un historiador tiene la obligación de investigar con las herramientas de su oficio los grandes problemas de su tiempo para ayudar a otros a entenderlos, y entre estos otros deben figurar en un lugar muy destacado los economistas, que son quienes van a tener que arbitrar soluciones para muchos de estos problemas, si se quiere ir más allá del discurso humanitario, falsamente neutral, de "Médicos sin fronteras"<sup>43</sup>.

Reconsiderar la vieja imagen simplista del crecimiento económico moderno nos ha llevado a plantearnos, por ejemplo, una visión alternativa del proceso de industrialización que admite que había en un principio diversas líneas de evolución posibles y nos ayuda, con ello, a entender mejor las

perspectivas actuales de formas de organización más flexibles que las de la producción en masa tradicional<sup>44</sup>. Una consideración a la que han llegado, por diversos caminos, tanto historiadores como economistas. Analizando la paradoja de que el reciente auge económico norteamericano, con revolución informática incluida, se haya desarrollado, a diferencia de lo que sucedía en el pasado, sin grandes aumentos de la productividad (la tasa de crecimiento de la productividad en las empresas, que había sido de cerca de un tres por ciento anual entre 1947 y 1973, cayó a poco más de un uno por ciento de 1973 a 1997), Jeff Madrick concluye que ello tal vez se deba que estamos pasando de una era de producción en masa estandarizada a otra “que puede estar volviendo a una versión tecnológicamente avanzada de una economía artesanal, basada en la habilidad, el conocimiento y la inventiva del trabajador, más que en la fuerza de las grandes fábricas y las cadenas de distribución”<sup>45</sup>.

Pero este tipo de análisis hay que hacerlos con cautela, poniendo en la tarea todas las exigencias de rigor crítico del oficio de historiador. Repensar el presente a la luz de una visión alternativa del pasado no debe conducir a las ucronías que surgen de algunos planteamientos nacidos del desengaño por el fracaso del desarrollismo, como la del grupo peruano de PRATEC, que parece querer partir hoy de los sistemas agrícolas nativos de los Andes, que posiblemente fuesen una alternativa viable en el siglo XVI, pero que difícilmente pueden serlo en un mundo en que el proceso de crecimiento económico, se quiera o no, ha cambiado las condiciones generales y las reglas del juego<sup>46</sup>.

Rechazar los engaños del desarrollismo debe llevarnos a hacer planteamientos de futuro que partan de las condiciones del presente, tal como las ha establecido el curso de la historia. Debemos contribuir a explicar, por ejemplo, por qué una combinación de desarrollismo, ayuda humanitaria, corrupción y exigencias del Fondo Monetario Internacional encaminadas a asegurar el pago de la deuda exterior destruyó hace unos años la agricultura y la ganadería de Somalia, está destruyendo hoy la de algunos países del Africa occidental y ha hecho florecer en otros, paralelamente, las cosechas para la exportación y un hambre generalizada<sup>47</sup>. Lo que no es aceptable es refugiarse en actitudes regresivas, como la que no hace mucho planteaba un escritor latinoamericano al decir que lo mejor que se podía hacer por los campesinos pobres de este continente era no hacer nada por ellos y dejarles vivir a su aire. Porque en este mundo nuestro sigue siendo plenamente válida la afirmación de que “ningún hombre es una isla”, y cuando doblan las campanas de la crisis, doblan por todos nosotros, incluyendo los campesinos pobres de América.

Cuando hablo de usar para el estudio de los grandes problemas las herramientas de nuestro oficio me refiero al análisis en una dimensión temporal larga, que es la propia del trabajo del historiador, pero también a aportar la consideración de ese contexto social y cultural más amplio que escapa por fuerza al economista.

Quisiera dejar claro, sin embargo, que no estoy diciendo que seamos nosotros quienes tengamos que dar las respuestas a las grandes cuestiones, sino que nuestro concurso es necesario para que podamos hacerlo entre todos. Ni pienso que esto implique que debamos todos reconvertirnos en estudiosos de problemas rigurosamente contemporáneos (como acaba de hacer Robert Brenner, un historiador especializado en el estudio del siglo XVII, que ha publicado un análisis sobre la evolución de la economía mundial de 1950 a 1998<sup>48</sup>). Lo que quiero decir es que hemos de aportar al estudio de esos problemas nuestra capacidad de “pensar históricamente”, si me permiten ustedes que use esta formulación de mi maestro Pierre Vilar<sup>49</sup>

A ‘pensar históricamente’ el fracaso del desarrollismo, y a encontrar las raíces de la involución presente, superando los viejos errores de una visión lineal y simplista de progreso, nos puede ayudar, por ejemplo, mucha de la gran historia económica y social de la América colonial que se ha escrito en las últimas décadas. Y califico de “grande” a la que ha introducido nuevas perspectivas, ha ensanchado nuestro horizonte y nos ha enseñado a mirar y entender los problemas de otro modo, como, por limitarme a citar unos pocos ejemplos que den idea de lo que quiero decir, la que han escrito investigadores como Carlos Sempat Assadourian, Manuel Moreno Fraginals, Germán Colmenares, Alberto Flores Galindo y otros más de tendencias muy distintas, como lo son las de estos cuatro que he citado, pero que coincidirían posiblemente en no ser “historiadores de despacho”, y también, por otra parte, en ser gente comprometida con su tiempo. (Y no confundan ustedes el compromiso con la militancia, que son dos cosas muy distintas). Los trabajos de esta clase de historiadores son, sin duda, más útiles para entender lo que sucede hoy en esta parte del mundo, que la sensata ortodoxia con que David Landes analiza “the South American way” en su último libro sobre la riqueza y la pobreza de las naciones<sup>50</sup>. Y pueden ayudar a otros a entender igualmente lo que ha ocurrido en Somalia, en el Sahel o en Zimbabue.

Hay algo, sin embargo, en que quisiera insistir. Recuperar la identidad del trabajo en el campo de la historia económica significa recordar que no es ni una rama de la ciencia económica -más bien habría que decir que fue ésta la que nació de la historia económica a partir de David Hume-, ni una variedad temática de la historia -como la historia militar o la historia de la

Iglesia-, sino, en todo caso, un modo de hacer historia. De la economía se distingue por estudiar el tiempo largo, de las diversas especializaciones de la historia, por el hecho de que no se limita a analizar las actividades económicas aisladamente, sino que las sitúa en un contexto amplio, con la intención de explicar la complejidad de lo social, “las interconexiones entre la producción material, las instituciones políticas y socioeconómicas, el entorno físico, la cultura o la ideología”<sup>51</sup>.

Unas interconexiones que no pueden estudiarse con herramientas elementales como la que explica la conducta humana en el terreno económico en términos de expectativas racionales<sup>52</sup>, sino que necesitan un instrumental mucho más fino, capaz de penetrar en los sistemas de ideas y de prejuicios que determinan las acciones humanas, y de dar, por otra parte, el peso que les corresponde al engaño y a la corrupción. ¿Cómo explicar en términos de racionalidad, por poner un ejemplo, la catástrofe de las Cajas de Ahorros norteamericanas, que tuvo para los estadounidenses unos costes superiores a los de la Segunda Guerra Mundial?<sup>53</sup>. Basta observar la vida económica en nuestro entorno para advertir hasta qué punto dominan en ella la especulación, la corrupción y la codicia<sup>54</sup>.

Debemos recuperar la línea de trabajo que utiliza para el análisis de la complejidad social el punto de vista privilegiado que nos ofrece la evolución de la economía, lo que significa el estudio de la producción y los intercambios -no sólo no hay que desdeñar la investigación sobre las cosechas, los precios o los resultados de las empresas, sino que hay que revalorizarla con un análisis de la calidad y significado de los datos que usamos-, pero que también incluye aspectos de tanta trascendencia como las condiciones de vida y de trabajo o el reparto de la riqueza. Debemos recuperar una tradición que nos pertenece legítimamente y que ha caracterizado nuestra profesión desde Adam Smith a Max Weber, pasando por Karl Marx, para volver a trabajar a nuestro modo, no como una división marginal de los departamentos de teoría económica, ni como una especialización entre otras en los departamentos de historia -por más que tengamos que aceptar estar alojados normalmente en unos o en otros- sino como cultivadores de una disciplina que desborda las fronteras de la segmentación burocrática del saber para enfrentarse a problemas sociales complejos.

No es seguro que plantear una línea de trabajo independiente, orientada al análisis de problemas, vaya a resultarnos cómodo. Nuestros colegas, economistas e historiadores, están bien asentados en un mundo académico en que muchos científicos, como ha escrito Kary Muller, Premio Nobel de química en 1993, “están entrenados para obtener subvenciones, contratar gente para que investigue y escribir textos que habitualmente concluyen

con la idea de que hay que hacer más investigación en la misma línea, preferiblemente dirigida por ellos mismos y pagada por alguien”<sup>55</sup>.

He podido vivir desde dentro este mundo de las “altas instituciones de investigación” en que se practica la caza de la subvención y me consta que para tener éxito en él lo mejor es presentarse bajo el cobijo de ortodoxias aceptadas por los miembros de los consejos que han de decidir la validez de los proyectos (ortodoxias cuya inocuidad ha sido ya demostrada, de otro modo quienes las propugnan no hubieran sido llamados a estos consejos) y proponerles temas que respondan a las preocupaciones actuales de las autoridades que financian los centros y que ofrezcan la clase de respuestas tranquilizadoras, y legitimadoras, que los que pagan esperan recibir a cambio del dinero que conceden.

El tipo de análisis crítico de los problemas de nuestro tiempo al que les propongo que contribuyamos con nuestra capacidad de “pensar históricamente” es más que probable que nos convierta en miembros incómodos de la “comunidad científica” y que no favorezca precisamente nuestra promoción profesional. Pero -se lo digo por experiencia- ayuda a vivir en paz con uno mismo, satisfecho de estar trabajando en algo que puede tener alguna utilidad social: contribuyendo a aclarar desde una perspectiva histórica, esto es evolutiva, los grandes problemas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, para que, entendiéndolos mejor, podamos entre todos resolverlos.

Llevo ya más de cuarenta años dedicado a este oficio: he intentado ejercerlo críticamente, aceptando que ello me convirtiera en un ciudadano incómodo. Y les puedo asegurar que pienso seguir en lo mismo, porque ha merecido la pena.

## Notas

<sup>1</sup> “Desde los años sesentas la disciplina de la historia hizo sitio de mala gana para el nuevo género de la ‘historia social’. En los ochentas otro género ha emergido entre los historiadores, el que recibe el nombre de ‘historia cultural’”. Mark Poster, *Cultural history and postmodernity*, New York, Columbia University Press, 1997, p. 3. “Si antes todos éramos historiadores sociales -dirá por su parte Patrick Joyce- ahora todos empezamos a ser historiadores culturales”. Patrick Joyce, “The return of history: postmodernism and the politics of academic history in Britain”, *Past and Present*, 158 (febr. 1998), pp. 207-235 (cita de p. 229). La última expresión es de Peter Burke en *Times Literary Supplement*, 26 de noviembre de 1993, p. 30.

<sup>2</sup> He hecho esta revisión a partir de *The postmodern history reader*, ed. by Keith Jenkins, Londres, Routledge, 1997; de otro libro del propio Jenkins (*On ‘What is*

*history?*', Londres Routledge, 1995), de su artículo "Why bother with the past? Engaging with some issues raised by the possible 'end of history as we have known it'", en *Rethinking History*, (1997), 1, pp. 56-66; del libro de Poster citado anteriormente y de los trabajos de Ankersmit (como *History and topology*, Berkeley, University of California Press, 1994). La cita que se hace es de William Beik, "The dilemma of popular history", *Past and Present*, n° 141 (nov. 1993), p. 207. A lo que añade: "El escepticismo se dirige cada vez más contra toda la historia social, en especial cuando aparece ligada a las aspiraciones de la gente común".

<sup>3</sup> A lo que añade: "en política y economía los esfuerzos por describir el futuro por medio de una inducción 'histórica' a partir del pasado y del presente están siendo reemplazados por el cálculo del riesgo, que toma como primer principio la imposibilidad de predecir el futuro", una afirmación tan deleznable que no me habría molestado en citársela de no ser porque el libro que la contiene lo ha publicado Harvard University Press, lo que revela cuál es el grado de desconcierto que domina en este terreno (Hans Ulrich Gumbrecht, *In 1926. Living at the edge of time*, Cambridge, Mass, Harvard University Press, 1997; los textos que se citan, en pp. 411-414). El autor, procedente del estudio de la literatura, como suele suceder en los campos del "postmodernismo", reduce el año 1926 a una colección de anécdotas y trivialidades, olvidando que es también el año de la subida al poder de Stalin, de la consolidación del de Mussolini en Italia, de la estabilización del franco Poincaré, de la huelga general en Gran Bretaña, etc.

<sup>4</sup> La crítica la hacía ya Leontieff en 1971 ("Theoretical assumptions and non-observed facts"), la repite Terence Hutchinson (*The uses and abuses of economics*, Londres, Routledge, 1994), señalando que la elegancia y el rigor deductivo se suelen alcanzar en el análisis económico a costa de una simplificación que lo hace irrelevante para un uso práctico. En un sentido semejante, las contribuciones de Arrow y de Solow a W.N. Parker, ed., *Economic history and the modern economist*, Oxford, Blackwell, 1986.

<sup>5</sup> "Studiosi di economia politica", en *La Repubblica*, 30 de septiembre de 1988, p. 10.

<sup>6</sup> Robert E. Schorske, "The new rigorism in the human sciences, 1940-1960", en Thomas Bender and Car E. Schorske, eds., *American academic culture in transformation. Fifty years, four disciplines*, Princeton, Princeton University Press, 1998, pp. 309-329.

<sup>7</sup> David A. Hollinger, "The disciplines and the identity debates, 1970-1995", en Bender y Schorske, *American academic culture in transition*, pp. 353-371.

<sup>8</sup> Robert M. Solow, "How did economics get that way and what way did it get?" en Bender y Schorske, *American academic culture in transformation*, pp. 57-76 (cita de p. 74). Respecto de las supuestas "leyes económicas", véase C.P. Kindleberger, *Economic laws and economic history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

<sup>9</sup> Paul Krugman, *The accidental theorist. Essays on the dismal science*, New York, Norton, 1998, p. VIII.

<sup>10</sup> En Peter Temin, ed., *New Economic History*, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 8.

<sup>11</sup> Christina D. Romer, "The end of economic history?", citado en William J. Barber, "Reconfigurations in American academic economics: a general practitioner's perspective", en Bender y Schorske, *American academic culture*, p. 113. Integral, pero

pequeña, porque como dice Christopher Lloyd en "Can economic history be the core of social science? Why the discipline must open and integrate to ensure the survival of long-run economic analysis", en *Australian economic history review*, 37, n° 3 (nov. 1997), pp. 256-266, en los departamentos de Economía de las universidades norteamericanas "uno o dos historiadores económicos luchan para hacerse un espacio".

<sup>12</sup> Lo ilustraré en este caso con una experiencia vivida: un amigo mío, profesor de teoría económica, defendía de mis críticas el trabajo de uno de estos historiadores económicos "aplicados", para acabar después confesando: "De todos modos lo que hace no me interesa en absoluto".

<sup>13</sup> "En cuanto las series temporales se alargan lo suficiente como para darnos esperanzas de discriminar entre hipótesis complejas, la probabilidad de que se mantengan estacionarias disminuye y los niveles de ruido se vuelven más altos" (Robert E. Solow, "Economics: is something missing?", en William N. Parker, ed., *Economic history and the modern economist*, Oxford, Blackwell, 1987, pp. 21-29, citas de pp. 22 y 15; en el mismo volumen se encontrará un texto de Kenneth Arrow, "History: the view from economics" (pp. 13-20) donde se señala que "las diferencias culturales entre naciones, con todas sus implicaciones para la política y la economía, son precipitaciones de acontecimientos del pasado, con frecuencia de un pasado distante".

<sup>14</sup> G.D. Snooks, "What should economists be told about the past? A review article", en *Australian economic history review*, XXX, n° 2 (september 1990), pp. 89-94 (cita de p. 94).

<sup>15</sup> Robert M. Solow, "How did economics get that way and what way did it get?", en Bender y Schorske, *American academic culture*, pp. 57-76 (cita de p. 72).

<sup>16</sup> Gabriel Tortella, "Los nuevos caminos de la historia económica", en *Claves*, n° 84 (julio/agosto 1998), pp. 2-7; Solow, "Economics...", p. 26.

<sup>17</sup> Lloyd, "Can economic history...?", p. 258.

<sup>18</sup> E. Fernández de Pinedo, "La historia económica "un filón que se agota?" en J.M. Sánchez Nistal et al., *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, Universidad, 1993, pp. 69-82.

<sup>19</sup> Véase, como una primera aproximación al problema, E.A. Wrigley, "Algunas reflexiones sobre la producción y los precios del grano en las economías preindustriales", en *Gentes, ciudades y riqueza*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 134-185.

<sup>20</sup> Solow, "Economics...", citas de pp. 28 y 22.

<sup>21</sup> Alberto Baccini y Renato Giannetti, *Cliometría*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 180.

<sup>22</sup> Como han intentado Paul David, "Clio and the economics of QWERTY", en *American Economic Review*, 75 (1985), pp. 332-337, o David S. Landes, "What room for accident in history?: explaining big changes by small events", en *Economic History Review*, XLVII, 4 (1994), pp. 637-656. Una muestra exagerada del nuevo gusto por la contingencia puede encontrarse en Jean Stengers, *Vertige de l'historien. Les histoires au risque du hasard*, Plessis-Robinson, Institut Synthlabo, 1998.

<sup>23</sup> David Hackett Fischer, *The great wave. Price revolutions and the rythm of history*, New York, Oxford University Press, 1996. Una crítica muy dura de la vaciedad de sus planteamientos, y del ansia de los hombres de negocios por creérselos, en Paul Krugman, "Seeking the rule of waves", en *The accidental theorist*, pp. 113-121.

<sup>24</sup> Véase, por ejemplo, J. Barkley Rosser, jr., "Chaos theory and rationality in economics" en L. Douglas Kiel and Euel Elliott, eds., *Chaos theory in the social scien-*



- ces. Foundations and applications, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1996, pp. 199-213.
- <sup>25</sup> T. Irene Sanders, *Strategic thinking and the new science. Planning in the midst of chaos, complexity, and change*, New York, Free Press, 1998, cita de las pp. 137-138.
- <sup>26</sup> I. Prigogine, *La fin des certitudes*, París, Odile Jacob, 1996, p. 14.
- <sup>27</sup> John Cornwell, en el prefacio a *Nature's imagination. The frontiers of scientific vision*, Oxford, Oxford University Press, 1995, p. V.
- <sup>28</sup> Robert Pollack, *Signs of life. The language and meaning of DNA*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1994, pp. 152-153.
- <sup>29</sup> Stephen Jay Gould, *Milenio*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 164-165.
- <sup>30</sup> Como lo hace, por ejemplo, Lloyd en "Can economic history...?", p. 261. Sobre la teoría del "equilibrio puntuado" puede verse, por ejemplo, Stephen Jay Gould, *Un dinosaurio en un pajar*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 137-154.
- <sup>31</sup> En Sokal y Bricmont, *Impostures intellectuelles*, París, Odile Jacob, 1997, un libro al que los afectados han respondido despectivamente -Derrida ha calificado al autor como "el pobre Sokal"-, considerando, sin duda, que su reino está por encima de las trivialidades de la exactitud científica.
- <sup>32</sup> Por poner un ejemplo, las consideraciones sobre "technological coevolution and economic takeoff" en Stuart Kauffman, *At home in the Universe. The search for laws of complexity*, Harmondsworth, Penguin, 1996, pp. 289-298.
- <sup>33</sup> Peter Coveney and Rogers Highfield, *Frontiers of complexity. The search for order in a chaotic world*, Londres, Faber and Faber, 1995, p. 337.
- <sup>34</sup> Coveney and Highfield, *Frontiers of complexity*, pp. 175-178 y Kauffman, *At home in the Universe*, pp. 53-54.
- <sup>35</sup> Brian J.L. Berry and Heja Kim, "Long waves 1790-1890: intermittency, chaos and control", en Kiel and Elliott, eds., *Chaos theory in the social sciences*, pp. 215-236.
- <sup>36</sup> V.Y. Mudimbe and B. Jewsiewicki, eds., *Open the social sciences. Report of the Gulbenkian commission on the restructuring of the social sciences*, Stanford, Stanford University Press, 1996, pp. 78-80.
- <sup>37</sup> La expresión es de Lloyd, p. 261, aunque él mismo la atenúa posteriormente en el mismo artículo.
- <sup>38</sup> Mario Bunge, "In praise of intolerance to charlatanism in academia", en Paul R. Gross, Norman Levitt and Martin W. Lewis, eds., *The flight from science and reason*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997, pp. 96-115.
- <sup>39</sup> Thomas G. Rawski, en Rawski et al., *Economics and the historian*, Berkeley, University of California Press, 1996, p. 1.
- <sup>40</sup> World Bank, *World development report 1997: The state in a changing world*, New York, Oxford University Press, 1997.
- <sup>41</sup> Paul Krugman, *The accidental theorist*, p. 115.
- <sup>42</sup> Margaret Scott, "Indonesia reborn?", *New York Review of Books*, 12 agosto 1988, pp. 43-48.
- <sup>43</sup> Sobre la intención que encierra la substitución del economista por el médico, véase, Gilbert Rist, *The history of development*, Londres, Zed Books, 1997, pp. 175-178.
- <sup>44</sup> Charles F. Sabel and Jonathan Zeitlin, eds., *World of possibilities. Flexibility and mass production in western industrialization*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

<sup>45</sup> Jeff Madrick, "Computers: waiting for the revolution", en *New York review of books*, 26 de marzo de 1998, pp. 29-33 (cita de p. 32). Las tasas de crecimiento de la productividad son, más exactamente, de un 2'85% para el período 1947-1973, y de un 1'1%, para la etapa posterior.

<sup>46</sup> Frédérique Appfel-Marglin and PRATEC, eds., *The spirit of regeneration: Andean culture confronting western notions of development*, Londres, Zed Books, 1998.

<sup>47</sup> Michael Maren, *The road to hell. The ravaging effects of foreign aid and international charity*, New York, The Free Press, 1997; Michael Chossudovsky, *The globalisation of poverty. Impacts of IMF and World Bank reforms*, Penang, Zed Books/Third world network, 1997.

<sup>48</sup> Robert Brenner, *The economics of global turbulence. A special report on the world economy, 1950-98*, en un número monográfico de la *New left review* (229, may/june 1998).

<sup>49</sup> Trouillot ha explicado el proceso por el cual los historiadores han ido constituyendo el pasado como un mundo real y separado, y nos advierte que las crisis del presente no nos permiten seguir manteniéndonos al margen de estos problemas, a menos que queramos dejar que sean los políticos quienes escriban la historia para su propio uso (Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the past. Power and the production of history*, Boston, Beacon Press, 1995, pp. 152-153).

<sup>50</sup> David S. Landes, *The wealth and poverty of nations. Why some are so rich and some so poor*, New York, Norton, 1998. Por más que el libro tiene méritos y es en líneas generales sensato, el "caso sudamericano" le lleva a un desliz como el de finalizar su análisis de la situación de Argentina después de la dictadura militar con estas palabras: "Pero también, paradójicamente, unos populismos vocingleros han engendrado los comienzos de una identidad nacional, como lo demuestra el fenomenal éxito de *Evita*" (p. 327).

<sup>51</sup> Lloyd, "Can economic history...?", p. 263.

<sup>52</sup> J. Barkley Rosser, jr., "Chaos theory and rationality in economics", en Kiel and Elliott, *Chaos theory in the social sciences*, piensa que la teoría neoclásica puede mantenerse incluso si se admite la posibilidad de una dinámica no lineal y caótica, como la mecánica clásica newtoniana se mantiene después de Einstein, pero que "una dependencia sensible de las condiciones iniciales resulta muy disruptiva de la capacidad de desarrollar expectativas racionales" (p. 211).

<sup>53</sup> Una crisis sobre cuyas causas reales se procuró hablar lo menos posible (Carl Jensen, *20 years of censored news*, New York, Seven Stories Press, 1997, pp. 249-252).

<sup>54</sup> Bien conocido es el caso de la irracional sucesión de crisis de la deuda exterior durante más de ciento setenta años, con ejemplos como el de la Banca Baring en 1826 y 1890, y la culminación de 1995. Charles P. Kindleberger, *Problemas históricos e interpretaciones económicas*, Barcelona, Crítica, 1993, pp. 82-117; Frank Griffith Dawson, *The first Latin American debt crisis. The City of London and the 1822-25 loan bubble*, New Haven, Yale University Press, 1990; Armando O. Chiapella, *El destino del empréstito Baring Brothers, 1824-1826*, Buenos Aires, Platero, 1975; A.G. Ford, *The gold standard, 1880-1914: Britain and Argentina*, Oxford, Clarendon Press, 1962, etc.

<sup>55</sup> Kary Muller, *Dancing naked in the mind field*, New York, Pantheon, 1998, p. 173.